

juguete de la soberana Omnipotencia. Considera, ahora, cuál será el poder, la sabiduría y el amor de este tu gran Dios, pues ese sol que te admira, esos cielos que te alegran, estos pajarillos que te divierten, estas flores que te halagan, este hombre que te enseña, y todo cuanto te rodea en la naturaleza, salió de sus divinas manos sin el menor trabajo, con toda perfección y destinado á tu servicio. Y qué, ¿tú serás tan para poco que no lo conozcas? O ya que lo conozcas, ¿serás tan indigno que no agradezcas tantos favores al Dios que te los ha hecho sin merecerlos? Yo no lo puedo creer de tí. Pues mira, el mejor modo de mostrarse agradecida una persona á su bienhechor, es servirlo en cuanto pueda, no darle ningún disgusto y hacer cuanto le mande. Esto debes practicar con tu Dios, pues es tan bueno. Él te manda que lo ames y que observes sus mandamientos. En el cuarto de ellos te ordena que obedezcas y respetes á tus padres, y después de ellos á tus superiores, entre los que tienen un lugar muy distinguido tus maestros. Ahora me toca serlo tuyo, y á tí te toca obedecerme como buen discípulo. Yo te debo amar como hijo y enseñarte con dulzura, y tú debes amarme, respetarme y obedecerme lo mismo que á tu padre.

No me tengas miedo, que no soy tu verdugo: trátame con miramiento; pero al mismo tiempo con confianza, considerándome como padre y como amigo.

Acá hay disciplinas, y de alambre, que arrancan los pedazos; hay palmetas, orejas de burro, cormas, grillos y mil cosas feas; pero no las verás muy fácilmente, porque están encerradas en una covacha. Esos instrumentos horribles que anuncian el dolor y la infamia, no se hicieron para tí ni para esos niños que has visto, pues estáis criados en cunas no ordinarias, tenéis buenos padres, que os han dado muy bella educación, y os han inspirado los mejores sentimientos de virtud, honor y vergüenza, y no creo ni espero que jamás me pongáis en el duro caso de usar de tan repugnantes castigos. *

El azote, hijo mío, se inventó para castigar afrentando al racional, y para avivar la pereza del bruto que carece de razón; pero no para el niño decente y de vergüenza que sabe lo que le importa hacer y lo que nunca debe ejecutar, no amedrentado por el rigor del castigo, sino obligado por la persuasión de la doctrina y el convencimiento de su propio interés.

Aun los irracionales se docilitan y aprenden con sólo la continuación de la enseñanza, sin necesidad de castigo. ¿Cuántos azotes te parece que les habré dado á estos inocentes pajaritos para hacerlos trinar como los oyes? Ya supondrás que ni uno; porque ni soy capaz de usar tal tiranía ni los animalitos son bastantes á resistirla. Mi empeño en enseñarlos y su aplicación en

aprender los han acostumbrado á gorjear en el orden que los oyes.

Conque si unas avechitas no necesitan azote para aprender, un niño como tú, ¿cómo lo habrá menester?... ¡Jesús!... ni pensarlo. ¿Qué dices? ¿me engaño? ¿me amarás? ¿harás lo que te mande?—Sí, señor, le dije, todo enternecido, y le besé la mano, enamorado de su dulce genio. Él entonces me abrazó, me llevó á su recámara, me dió unos bizcochitos, me sentó en su cama y me dijo que me estuviera allí.

Es increíble lo que domina el corazón humano un carácter dulce y afable, y más en un superior. El de mi maestro me docilitó tanto con su primera lección, que siempre le quise y veneré entrañablemente, y por lo mismo le obedecía con gusto.

Dieron las doce, me llamó mi maestro á la escuela para que las rezara con los niños. Acabamos, y luego nos permitió estar saltando y enredando todos en buena compañía; pero á su vista, con cuyo respeto eran nuestros juegos inocentes. Entretanto fueron llegando los criados y criadas por sus respectivos niños, hasta que llegó la de mi casa y me llevó; pero advertí que mi maestro le volvió el libro que yo tenía para leer, y le dió una esquela para mi padre, la que se reducía á decirle que llevara yo primeramente los compendios de Fleury ó Pinton, y cuando ya estuviera bien instruído en aquellos

principios, sería útil ponerme en las manos *El Hombre feliz*, *Los Niños célebres*, *Las Recreaciones del hombre sensible*, ú otras obritas semejantes; pero que nunca convenía que yo leyera *Soledades de la vida*, *Las novelas de Sayas*, *Guerras civiles de Granada*, *La historia de Carlo Magno y doce pares*, ni otras boberas de éstas, que lejos de formar, cooperan á corromper el espíritu de los niños ó disponiendo su corazón á la lubricidad, ó llenando su cabeza de fábulas, valentías y patrañas ridículas.

Mi padre lo hizo según quería mi maestro, y con tanto más gusto cuanto que conocía que no era nada vulgar.

Dos años estuve en compañía de este hombre amable, y al cabo de ellos salí medianamente aprovechado en los rudimentos de leer, escribir y contar. Mi padre me hizo un vestidito decente el día que tuve mi examen público. Se esforzó para darle una buena gala á mi maestro, y en efecto, la merecía demasiado. Le dió las debidas gracias, y yo también con muchos abrazos, y nos despedimos.

Acaso os habrá hecho fuerza, hijos míos, que habiendo yo sido de tan mal natural por mi educación física y moral sin culpa, sino por un excesivo amor de mi madre, y habiéndome corrompido más con el perverso ejemplo de los muchachos de mi primera escuela, hubiera transformádome en un instante de malo en regu-

lar (porque bueno jamás lo he sido) bajo la dirección de mi verdadero maestro; pero no lo extrañéis, porque tanto así puede la buena educación reglada por un talento superior y una prudencia vigilante, y lo que es más, por el buen ejemplo, que es la pauta sobre que los niños dirigen sus acciones casi siempre. x

Así que, cuando tengáis hijos, cuidado no sólo de instruirlos con buenos consejos, sino de animarlos con buenos ejemplos. Los niños son los monos de los viejos; pero unos monos muy vivos: cuanto ven hacer á sus mayores, lo imitan al momento, y por desgracia imitan mejor y más pronto lo malo que lo bueno. Si el niño os ve rezar, él también rezará; pero las más veces con tedio y durmiéndose. No así si os oye hablar palabras torpes é injuriosas; si os advierte iracundos, vengativos, lascivos, ebrios ó jugadores; porque esto lo aprenderá vivamente, advertirá en ello cierta complacencia, y el deseo de satisfacer enteramente sus pasiones le hará imitar con la mayor prolijidad vuestros desarreglos; y entonces vosotros no tendréis cara para reprenderlos; pues ellos os podrán decir: esto nos habéis enseñado, vosotros habéis sido nuestros maestros, y nada hacemos que no hayamos aprendido de vosotros mismos.

Los cangrejos son unos animalitos que andan de lado; pues como advirtiesen esta deformidad algunos cangrejos civilizados, trataron de que se corrigiera este

defecto; pero un cangrejo machucho dijo:—Señores, es una torpeza pretender que en nosotros se corrija un vicio que ha crecido con la edad. Lo seguro es instruir á nuestra juventud en el modo de andar derechos, para que, enmendando ellos este despilfarro, enseñen después á sus hijos y se logre desterrar para siempre de nuestra posteridad este maldito modo de andar.—Todos los cangrejos *nemine discrepante*¹ celebraron el arbitrio. Encargóse su ejecución á los cangrejos padres, y éstos con muy buenas razones persuadían á sus hijos á andar derechos; pero los cangrejitos decían:—¿A ver cómo, padres?—Aquí era ello. Se ponían á andar los cangrejos y andaban de lado, contra todos los preceptos que les acababan de dar con la boca. Los cangrejillos, como que es natural, hacían lo que veían y no lo que oían, y de este modo se quedaron andando como siempre. Esta es una fábula respecto á los cangrejos, mas respecto á los hombres es una verdad evidente; porque, como dice Séneca, *se hace largo y difícil el camino que conduce á la virtud por los preceptos; breve y eficaz por el ejemplo.*

Así, hijos míos, debéis manejaros delante de los vuestros con la mayor circunspección, de modo que jamás vean el mal, aunque lo cometáis alguna vez por vuestra miseria. Yo, á la verdad, si habéis de ser malos (lo que Dios no permita) más os quisiera hipócritas que

¹ De común acuerdo.

escandalosos delante de mis nietos, pues menos daño recibirán de ver virtudes fingidas que de aprender vicios descarados. No digo que la hipocresía sea buena ni perdonable, pero del mal el menos.

No sólo los cristianos sabemos que nos obliga este buen ejemplo que se debe dar á los hijos. Los mismos paganos conocieron esta verdad. Entre otros es digno de notarse Juvenal, cuando dice en la Sátira XIV lo que os traduciré al castellano de este modo:

Nada indigno del oído ó de la vista
 El niño observe en vuestra propia casa.
 De la doncella tierna esté muy lejos
 La seducción que la haga no ser casta,
 Y no escuche jamás la voz melosa
 De aquel que se desvela en arruinarla.
 Gran reverencia al niño se le debe,
 Y si á hacer un delito te preparas,
 No desprecies sus años por ser pocos,
 Que la malicia en muchos se adelanta;
 Antes si quieres delinquir, tu niño
 Te debe contener aun cuando no habla,
 Pues tú eres su censor, y tus enojos,
 Por tus ejemplos moverá mañana.
 (Y has de advertir que tu hijo en las costumbres
 Se te ha de parecer como en la cara).
 Cuando él cometa crímenes horribles
 No perdiendo de vista tus pisadas,
 Tú querrás corregirlo y castigarlo,
 Y llenarás el barrio de alharacas.
 Aún más harás, si tienes facultades,
 Lo desheredarás lleno de saña;
 ¿Pero con qué justicia en ese caso
 La libertad de padre le alegaras
 Cuando tú, que eres viejo, á su presencia
 Tus mayores maldades no recatas?

Después que pasaron unos cuantos días que me dieron en mi casa de asueto y como de gala, se trató de darme destino.

Mi padre, que como os he dicho, era un hombre prudente y miraba las cosas más allá de la cáscara, considerando que ya era viejo y pobre, quería ponerme á oficio; porque decía que en todo caso más valía que fuera yo mal oficial que buen vagabundo; mas apenas comunicó su intención con mi madre, cuando... ¡Jesús de mi alma! ¡qué aspavientos y qué extremos no hizo la santa señora! Me quería mucho, es verdad; pero su amor estaba mal ordenado. Era muy buena y arreglada; mas estaba llena de vulgaridades. Decía á mi padre:—¿Mi hijo á oficio? no lo permita Dios. ¿Qué dijera la gente al ver al hijo de don Manuel Sarmiento, aprendiendo á sastre, pintor, platero ú otra cosa?—¡Qué ha de decir! respondía mi padre; que don Manuel Sarmiento es un hombre decente, pero pobre, y muy hombre de bien, y no teniendo caudal que dejarle á su hijo, quiere proporcionarle algún arbitrio útil y honesto para que solicite su subsistencia sin sobrecargar á la república de un ocioso más, y este arbitrio no es otro que un oficio. Esto pueden decir y no otra cosa.—No, señor; replicaba mi madre toda electrizada: si usted quiere dar á Pedro algún oficio mecánico, atropellando con su nacimiento, yo no; pues aunque pobre, me acuerdo que por mis